

CAPÍTULO UNO



Probablemente sea algo bueno de la Gran Bretaña moderna (o más bien Liverpool) que cuando estaba creciendo recibía menos burlas por ser gay que por tener el nombre de un hobbit. Y si bien agradezco que mis compañeros no fueran homofóbicos, el tema del hobbit sí me salió un poco mal, en especial porque el hobbit del que recibí el nombre ni siquiera era uno de los raros. Llamarse Meriadoc o el Gordo Bolger habría sido una cosa, pero mi nombre era Sam. Todavía lo es de hecho. Aunque mi nombre legal es Samsagaz Eoin Becker, así que cada vez que empezaba un nuevo año, el primer día de clase, la profesora leía la lista y me llamaba “Samsagaz” y yo tenía que decir, “Aquí, señorita”, y quedar condenado desde entonces. No ayudaba que la primera tanda de películas hubiera salido cuando empezaba la primaria y la segunda cuando estaba empezando el secundario, así que recibí bromas desde los cinco hasta los dieciocho sobre el segundo desayuno y los pies peludos.

Pero no queda más remedio que reírse, ¿verdad? Mi papá me enseñó eso. Y probablemente fue lo más útil que aprendí.

Por ejemplo:

–Ey, Ban –grita uno de mis empleados. Sabe cuál es mi verdadero nombre, pero él es Amjad y Amjad es mucho más nerd que mi mamá, así que una vez que se enteró que tenía el nombre de un hobbit le pareció divertido llamarme por el nombre original de Sam en Westron, que había encontrado en los anexos que aparentemente se sabía de memoria. No me molesté en corregirlo porque al menos era original–. Te necesitan con los colchones.

Amo a mi equipo. Bueno, *amo* amo, obviamente. Más bien lo tolero con desconcierto. Pero escuchar la frase “Te necesitan con los colchones” me produce una sensación tan alejada de la confianza que casi podía llamarla preocupación.

–¿Por qué? –pregunto.

La única respuesta que me da es la única respuesta que necesito.

–Brian.

Suelto un pequeño *mierda* interno y voy hacia la sección afectada. La sección de los colchones ocupa la mitad de la tienda, lo que significa que tengo un área bastante grande por recorrer, pero, como Brian tiene la capacidad de crear una pequeña zona de caos a su alrededor, no me preocupa demasiado encontrarlo.

Y lo encuentro. Está parado junto al Hamsterley de Country Living que, con sus resortes *pocket* calicó de doble capa, sus fibras naturales de lana de cordero y cabra de Angora colocadas a mano y un cubrecolchón belga de tejido damasco cien por ciento natural, es uno de los colchones más lujosos, más caros y, no olvidemos, más “No le confíes esto a Brian” de toda la tienda.

Parece alterado. Tiene una taza extremadamente ominosa en una de las manos.

–Por favor –le digo ni bien me acerco lo suficiente para no tener que gritar–, por favor, por el amor de *todo lo que existe*, dime que no acabas de volcar té sobre el Hamsterley de Country Living con resortes *pocket* calicó de doble capa y fibras naturales colocadas a mano.

–No –dice–. No lo hice. –Y como una marioneta, me desarmo aliviado–. Volqué café –aclara.

No son los detalles por lo que debería preocuparme. La verdad que no.

–No sabía que bebías café.

–No bebo. –Tiene su mirada de más arrepentimiento–. Pero se me ocurrió que Clarie quería uno, así que le estaba llevando una taza a la oficina por si quería y, bueno, aquí estamos.

Tantos detalles. Y tan poco tiempo.

–¿Y elegiste pasar por donde están los colchones más caros de la tienda porque...?

–Bueno, imaginé que debería mantenerme alejado del Flaxby Nature's Finest 9450 con cubrecolchón después de lo que pasó la semana pasada.

El hecho de que no sepa nada de lo que pasó la semana pasada con el Flaxby Nature's Finest 9450 con cubrecolchón probablemente no dice grandes cosas sobre mí como encargado de la tienda.

–¿Debería preguntar?

–Bueno, estaba comiendo un sándwich de mermelada...

–¿Manchaste el Flaxby Nature's Finest 9450 con mermelada?

Brian asiente inocentemente.

–Pero está bien. Tiffany me ayudó a darlo vuelta para que no se vea.

Una vez más, cometo el error de sentirme aliviado. Luego, las partes

profesionales de mi cerebro, necesarias para saber cómo funcionan los colchones, empiezan a hablar entre sí.

–Espera un segundo, Brian, no puedes dar vuelta un colchón con cubrecolchón. Tiene el acolchonado. Arriba.

–Ahh –dice Brian, haciendo una mueca de dolor que nunca querrías hacer frente al hombre que está a cargo de un colchón de más de dos mil libras.

Decido que el tema del colchón con el cubrecolchón puede esperar.

–Bueno, supongo que al menos podemos dar vuelta este. Vamos.

Dar vuelta un colchón requiere mucho trabajo, pero al menos es algo sencillo y, una vez que le pido que baje la maldita taza, Brian lo logra con algo alejado de la incompetencia. Levantamos el colchón y lo ponemos de lado, lo giramos por el medio y lo acostamos suavemente sobre el marco que estamos usando para exhibirlo.

Luego doy un paso hacia atrás y me aseguro de que se vea bien, y entonces veo otra mancha oscura en el medio.

–Ah –dice Brian–, eso sí es té.

Cuando vuelvo de la sección de los colchones, intentando descifrar cómo reemplazar no uno, sino dos colchones lujosos de exhibición, Claire, mi subcargada, asoma la cabeza por la puerta de la oficina y grita:

–Su Cretina Majestad está al teléfono. –Se escucha por toda la tienda–. Y no te preocupes, lo tengo silenciado.

–Eso significa –grito–, que tú no lo puedes escuchar, no que él no puede.

–Ah, bueno, mierda.

Uno de estos días voy a tener que hacer algo con que Claire llame a nuestro jefe Su Cretina Majestad. Y también con su costumbre de insultar a cada rato. Y también, si vamos al caso, con Brian, ya saben, en general.

Aunque supongo que ahora mismo Su Cretina Majestad va a darle más importancia a los insultos.

Y tengo razón.

–Bueno. –El acento demasiado refinado de Jonathan Forest se desliza por el teléfono hacia mi oído–. No te estaba llamando por esto, pero ¿por qué carajos tu subencargada me llama Su Cretina Majestad frente a lo que parecía ser toda la tienda?

No hay manera de cubrir esto, pero lo intento de todos modos, por el bien de Claire.

–¿Es con cariño?

–¿Cómo que con cariño?

–Es algo del norte. Ya sabes, como cuando llamas a tu amigo “soquete”.

–Viví en el norte durante dieciséis años –dice Jonathan Forest; le gusta mencionarlo porque lo hace sonar más como si fuera de la clase trabajadora, aunque es un cretino ricachón al que solo le importan otros cretinos ricachones–. Y nunca un amigo me llamó *soquete*.

Entre nosotros, creo que nunca tuvo amigos.

–Solo digo que así es como habla la gente.

–Bueno, como sea, *soquete* –dice “soquete” como una persona normal, aunque todo lo demás que dice suena como si fuera un miembro de la puta realeza–, tiene una connotación diferente a *cretino*.

–Aplica el mismo principio –intento. Suena débil incluso para mí.

–Okey. –Estoy bastante seguro de que Jonathan Forest no es un robot, pero casi puedo escuchar a su cerebro chirriar mientras sigue adelante–. Si bien no era esto sobre lo que quería hablar, está bastante relacionado.

Ah, mierda, sabe que yo también lo llamo cretino. Todos lo llamamos cretino porque es un cretino. Aunque yo lo veo así, si no quieres que la gente diga que eres un cretino, entonces no lo seas.

—¿Seguro? —pregunto, intentando no sonar demasiado como si me hubiera agarrado pensando que pienso eso.

—Sueños & Salpicones tiene tres sucursales y el año que viene va a abrir otra. A la sucursal de Croydon le está yendo como tenía previsto. A la sucursal de Leeds le está yendo como tenía previsto. A la de Sheffield definitivamente no.

Probablemente no era el momento para decirle que uno de mis empleados acababa de arruinar con té dos colchones de dos mil libras cada uno.

—¿En qué exactamente no nos está yendo tan bien como tenías previsto?

—Están excedidos del presupuesto y no alcanzan los objetivos. Y francamente, me preocupa un poco que no sepas eso.

Ah, ¿por qué este cretino tiene que ser tan cretino? Sí, técnicamente estamos *un poquito* excedidos del presupuesto por toda la mercadería que Brian arruinó, y sí, técnicamente no estamos alcanzando los objetivos, pero eso es porque los objetivos de Jonathan son una mierda.

—Ya sé cuáles son los números. Pero somos una tienda nueva, en una zona competitiva, estamos acercándonos tanto como podemos.

—No te contraté para que te *acerques tanto como puedes*. —De algún modo, logra transmitir su ira en su voz—. Te contraté para que alcances los objetivos que te asigno y, si no puedes hacerlo, buscaré a alguien que pueda.

Una parte de mí quiere decirle “Está bien, hazlo”. Este trabajo no vale tanto como para tolerar esta porquería. Pero no es solo mi trabajo del que

estamos hablando. Si me echan, entonces Jonathan Forest me remplazará por alguien que cumpla con sus preciados “objetivos” de mierda y ¿entonces qué pasará con Clarie, Amjad, Brian y el resto del equipo?

Así que no lo presiono. En su lugar, intento caminar por esa línea entre prometer resultados que no voy a cumplir y darle una excusa para reemplazarme por alguien que sí lo haga.

—Estoy seguro de que podemos pensar en algo.

—Ya pensé algo. —Hace la más breve de las pausas y luego su tono se suaviza levemente—. No quiero dejarte ir, Sam. Creo que tienes lo que se necesita para ser un gran encargado.

Maldita mierda condescendiente. Por lo que sé, soy un buen encargado. O al menos tan bueno como esperas que sea en una tienda de camas y baños de segunda en una zona competitiva con un equipo lleno de Brians.

Claire me alcanza un trozo de papel. Dice: *¿Está siendo un cretino?*

Le gesticulo sí, *obvio* y levanta otro pedazo de papel que dice *Lo siento, no sé leer labios.*

Normalmente, esto estaría bien, pero normalmente no estoy intentando descifrar si estoy al borde de perder mi trabajo. Sacudo la mano para que se detenga. No lo hace. Y no hay manera de que lo haga, pero a veces me gusta aparentar estar a cargo.

—Entonces, por eso —está diciendo Jonathan cuando vuelvo a prestarle atención—, quiero que vengas a Croydon mañana para que puedas ver cómo hago las cosas aquí.

Mañana es viernes. Mi día menos favorito para ir a Londres. Mi día favorito para ir a Londres es nunca.

—Estamos bastante ocupados con todo lo de las fiestas.

—Estoy seguro de que Claire puede encargarse. Parece tener

mucho tiempo libre. Claramente tiene tiempo para inventarme apodos “cariñosos”.

Parece que todavía seguimos con la *mierda condescendiente*.

–Claire es un miembro valioso del equipo y...

Ahora Claire empieza a hacer un dibujo elaborado y encantador de un pene con pelotas.

–... y... y...

Les agrega pelos a las pelotas.

–... ella contribuye mucho al humor del equipo.

–Entonces –dice abruptamente Jonathan–, estoy seguro de que puede encargarse del local por un día. No es un pedido, Samsagaz.

Logro no emitir ningún sonido, pero siento una incomodidad que invade todo mi cuerpo. Ya sé que es mi nombre, pero nunca nadie me llama así salvo mi madre, y no quiero estar pensando en ella ahora mismo.

–Por favor, no me llames así.

–El punto es, Sam, que soy tu jefe y mañana vas a venir a Croydon. La empresa te cubrirá el viaje.

Cuelga antes de que pueda decir algo más. Lo que, en este punto, probablemente sea lo mejor.

–¿Estás bien? –dice Claire, bajando su dibujo del pene, se podría decir, por un poco de misericordia.

Me hundo en mi silla y me siento sobre mis manos para que dejen de temblar.

–Sí. Es un... un...

–¿Cretino?

–*Tan* cretino.

–¿Quieres... –ahora me da esa clase de mirada incómoda que nunca deberías recibir de alguien a quien le firmas los cheques–... hablar?

–Siempre sabe dónde pegarme y no me doy cuenta si es malvado o si no sabe o si no le importa, o qué es peor.

Piensa por un momento.

–Es malvado.

–Tengo que ir a Croydon mañana.

–Bueno, qué alivio. Creí que te iba a despedir.

–Todavía puede hacerlo –aclaro.

–No lo veo probable. Si haces ir a alguien desde Sheffield hasta Croydon para poder despedirlo, tienes que ser un completo... Ah.

–Sí, no se ve bien, ¿verdad?

Otra pausa. Claire pasa una mano por su cabello rubio platino y me mira como si tuviera salsa en la cara y no supiera cómo decírmelo.

–Estoy intentando pensar algo para consolarte, pero estás en la mierda.

–Lo sé. Pero... –hago mi mejor esfuerzo por recomponerme y aparentar que esto no me afecta–, ¿qué se le va a hacer? No se puede evitar que un cretino sea un cretino. ¿Vas a estar bien mañana teniendo a cargo el lugar?

–Cariño, es una tienda de camas y baños, no un submarino nuclear.

–Sí, pero abre Brian.

–Entonces estamos perdidos. –Ahora que Jonathan no está al teléfono, Claire se ve más seria. Quizás escuchó suficiente de la parte final de la conversación como para saber que estamos complicados.

–Ya sabes –dice–, si Jonathan te fastidia con los números, entonces quizás sea hora de considerar dejar ir a Brian.

No puedo creer que esté diciendo esto. O sea, sí puedo, porque lo acaba de hacer, y porque ya lo dijo antes, pero igual.

–Brian es uno de nosotros.

–Es el peor asesor de ventas con el que trabajé y eso que trabajé con Chel.

Palabras duras.

–Chel golpeó a un niño.

–Un niño muy molesto. Y no nos traía pérdidas.

–Técnicamente –nunca nada bueno viene después de un *técnicamente*–, todos traemos pérdidas.

No parece impresionada.

–Amjad me contó lo que pasó con el Hamsterley de Country Living. Y no fue la primera vez.

–Ah, vamos, solo derramó un par de cosas sobre algunos colchones.

–Cinco desde junio. Y quebró el asiento de un Vitro Sento sin borde de descarga mientras le mostraba a un cliente lo resistente que era.

Me metí en un callejón sin salida defendiendo a Brian y ahora no puedo salir.

–Los asientos de los retretes son fáciles de reemplazar. Además, Brian *necesita* este trabajo. Solo son él y su abuela, y es el único que puede pagar todos los gastos de la casa.

–Lo sé –dice Claire, esbozándome una sonrisa de simpatía, algo que no hace muy a menudo, probablemente porque no suele considerar que merezco simpatía–. Pero si Jonathan busca sangre y puedes salvar a Brian o a mí, honestamente Sam, prefiero que me salves a mí.

Quiero decirle que no llegará a ese punto. Pero no puedo. Solo espero que Jonathan Forest sea razonable. Lo que, pensándolo bien, significa que estamos *definitivamente* jodidos.